COPI

TEATRO

BALANCE DEL T. DE N.

El Teatro de las Naciones, que anualmente celebra su temporada en París, con participación de importantes compañías extranjeras, ha cambiado de signo desde que se ha hecho cargo de la organización Jean-Louis Barrault; en lugar de ser una gigantesca feria-exposición de todo lo que se hace en las cuatro esquinas del mundo, quiere organizar confrontaciones más específicas. El año pasado dio como resultado el descubrimiento de Grotowski, la resurrección del Living Theater y la confirmación de las excepcionales calidades del Piccolo Teatro. Este año, el balance ha sido, quizá, menos espectacular, pero, en todo caso, altamente interesante.

Ha habido, sí, espectáculos lamentables y ausencias flagrantes, como la del teatro inglés: si bien las razones que dio Brook para no presentar su «US», por no considerarlo apto para la exportación, son válidas, no es menos cierto que otra compañía debiera haber venido en su lugar. En cuanto la representación americana, con la compañía «Circle in the square», también decepcionó, y, aunque la obra programada, «Trumpets of the Lord», recibió una gran acogida del público, los críticos la consideraron extremadamente pobre desde el punto de vista estrictamente dramático.

Ha quedado confirmada la crisis de la tragedia clásica o romántica, en la que la fidelidad a la tradición resulta tan peligrosa como el afán de novedad mal controlado. Ni «El príncipe de Hamburgo», representado por los alemanes de Düsseldorf dentro del más prudente academicismo; ni el «Tiestes», montado por el «Théâtre d'aujourd'hui» con arreglo a la técnica japonesa del «nô», lograron librarse del fracaso. La mezcla de estilos realizada apelando a la modernidad resulta nefasta, y en cuanto a la tragedia contemporánea valdría más replantearsela a partir de cero. En el capítulo del teatro comparado hay que inscribir el «Tango», de Mrozek, presentado por el «Düsseldorfer Schauspielhaus», mucho más conseguido que el montado por Terzieff, mientras que la versión de «El proceso», de Kafka, del Teatro de la Balaustrada de Praga, mostraba cómo se puede prescindir de una interpretación de la obra exclusivamente metafísica.

Hubo tres representaciones que marcarán, sin duda, una fecha en la evolución del teatro. En primer lugar, la de «La noche de los asesinos», de José Triana, presentada por el Teatro Nacional Cubano; se trata de una obra influenciada por Jean Genet y el teatro europeo de posguerra, lo que no excluye en absoluto el que su autor, un hombre de treinta y seis años, tenga ya su mundo y estilo propios. Por su parte, el kathakali indio, situado al extremo opuesto, representa una forma de teatro sagrado fuertemente anclado en la tradición, y fundado en una gramática de gestos, en una fantasmagoría religiosa altamente elaborada; una demostración de dramaturgia que justificaría por sí sola la existencia del Teatro de las Naciones. Por último, el Piccolo Teatro ha presentado «Los gigantes de la montaña», de Pirandello, cuyo centenario se celebra este año, y que es una fábula sobre la muerte del teatro, una reflexión